

## Escritura

# De la paleografía a la historia. De las prácticas del escribir<sup>1</sup>

Antonio CASTILLO GÓMEZ

Archivo central del Ministerio de Educación y Ciencia

A Carlos Sáez y Armando Petrucci

### Ideas para la reflexión

En los últimos lustros el escenario de la historia parece felizmente inmerso en un nuevo ciclo de debate y discusión teórica. Es cierto que ésta nunca ha faltado y que el devenir historiográfico está plagado de momentos similares; pero no lo es menos que, con el éxito de la llamada «nueva historia», se impuso una excesiva microespecialización o, como ha escrito Josep Fontana, microsectorialización<sup>2</sup>.

No se discuten aquí las positivas influencias de esa «forma de hacer historia» en cuanto al planteamiento de nuevos problemas y métodos. Más bien se critican los efectos producidos por la fragmentación y desintegración del análisis histórico, elevando muchas veces a la categoría de historiable hechos y realidades más cercanas al anecdótico y la narración de curiosidades que al rigor de un quehacer científico. Lejos de plantear un uso instrumental de esas historias sectoriales de cara a reconstruir una visión global de la humanidad, dicho fraccionamiento ha llevado a «investigar minucias carentes de relevancia fuera del ámbito estricto de la profesión, y a publicar los resultados en revistas y monografías que sólo leen otros miembros de la "tribu"»<sup>3</sup>.

Múltiples y variadas son las razones que se pueden aducir para explicarlo. Desde las que se nutren de la misma confusión ideológica que ha afectado a otros ámbitos y que se ha exagerado en los años ochenta con el triunfo de la «postmodernidad» y el llamado «pensamiento débil», hasta las que nacen de las perversiones internas al mundo académico, donde la labor de los historiadores profesionales está muchas veces viciada por la esclerosis institucional y la malsana competitividad que se vive en los círculos universitarios, traducidas ambas en una preocupante «neurosis curricular».

Es probable que parte de esas deficiencias no se puedan subsanar en tanto no cambien los fundamentos ideológicos de nuestra sociedad. Al menos cabe esperar que los acelerados cambios históricos de los últimos años sirvan para hacernos pensar más sobre la función de la historia y el compromiso social de los historiadores, profundizando un debate abierto a finales de 1989 por la dirección de la revista *Annales* y que ha tenido uno de sus hitos más flamantes en el pasado congreso internacional *A historia a debate*, el cual debe contribuir a que la historiografía española participe en la discusión con voz propia y no, según era costumbre, como simples gregarios de las ideas y métodos lanzados en otros lugares.

1 Debo señalar que una primera versión de este trabajo fue presentada bajo el título *La escritura en el pasado. Historia y Paleografía: Razones para el diálogo científico*, en el congreso internacional *A historia a debate* (Santiago de Compostela, 7-11 de julio de 1993). Ahora se publica con una redacción nueva, enriquecida a la luz de las reflexiones y lecturas que me han entretenido desde entonces. Naturalmente, con el permiso y las facilidades que me ha dado Carlos Barros, a quien desde estas páginas reitero mi sincero agradecimiento.

2 *La historia después del fin de la historia. Reflexiones acerca de la situación actual de la ciencia histórica*, Barcelona, Crítica, 1992, p. 85.

3 *Ibidem*. p. 123.

Valiéndonos de ese clima de reflexión, representado por el «*tournant critique*» de *Annales*, el congreso compostelano y la reciente publicación de diversas obras sobre teoría y método de la historia, algunas en la estela de *A historia a debate*<sup>4</sup>, me propongo contribuir al mismo con ciertas consideraciones sobre la línea de trabajo en la que se situaban mis investigaciones más recientes, la historia de la cultura escrita o de las prácticas del escribir.

Huelga decir que la misma empieza a ser una forma de hacer historia en la década de los sesenta, paralelamente al desarrollo de los estudios sobre el alfabetismo. Sin embargo su reconocimiento entre los historiadores sólo ha empezado a producirse en los últimos años, a medida que la historia de la alfabetización y la historia de la cultura se han renovado y abierto a nuevos enfoques y problemas. Parte de la responsabilidad en esa tardía aceptación es imputable a las mismas reticencias que la historia de la cultura escrita despertó y despierta entre gran parte de los paleógrafos, en cuyo seno nació como una propuesta de superación de los corsés teóricos y metodológicos derivados del quehacer tradicional. La otra, no menos importante, conviene anotarla en el deber de los propios historiadores, sobre todo de aquéllos que han vivido maniatados por sus limitados intereses y han permanecido sordos a lo que se estaba cocinando en otras disciplinas, más aún cuando éstas forman parte de las que despectivamente se había etiquetado como «auxiliares de la historia».

El actual debate histórico tiene uno de sus retos en la abierta discusión pluridisciplinar, planteada en relación tanto a otras ciencias sociales como a las materias que tradicionalmente han estado vinculadas al *cursus* académico del historiador, y que ahora, desde la autonomía de su propio estatus, tienen igualmente mucho que decir en la reconstrucción global del pasado. Abundar en el diálogo interdisciplinar no es más que retomar el camino trazado por los historiadores de la primera generación de *Annales* y del que dan fe las siguientes palabras de Lucien Febvre:

Negociar perpetuamente nuevas alianzas entre disciplinas próximas o lejanas; concentrar en haces sobre un mismo tema la luz de varias ciencias heterogéneas: ésa es la tarea primordial, la más urgente y la más fecunda, sin duda, de las que se imponen a una historia que se impacienta ante las fronteras y los compartimientos estancos<sup>5</sup>.

La historia se define por tanto en virtud de esa confluencia de enfoques, que, desde ángulos y perspectivas propias, hacen de ella la «ciencia que intenta abarcar lo humano en su conjunto y explicar, con ello, el funcionamiento de la sociedad»<sup>6</sup>. Dicho de otro modo, «aprehen-

4 Me refiero principalmente a la últimas reflexiones sobre la evolución de *Annales* y la historiografía francesa [Hervé COUTAUBEGARIE, *Le phénomène «nouvelle histoire»*. *Stratégie et idéologie des nouveaux historiens*, París, Economica, 1983; François DOSSE, *La historia en migajas. De «Annales» a la «nueva historia»*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1988 (ed. orig. en francés, 1987); Peter BURKE, *La revolución historiográfica francesa. La escuela de los «Annales»: 1929-1989*, Barcelona, Gedisa, 1994 (ed. orig. 1990)], a ciertos estados de la cuestión [Peter BURKE (ed.), *Formas de hacer Historia*, Madrid, Alianza Editorial, 1993 (ed. orig. 1991); César GONZÁLEZ MÍNGUEZ (ed.), *La otra Historia: Sociedad, cultura y mentalidades*, Bilbao: Servicio Editorial Universidad del País Vasco, 1993; *Problemas actuales de la Historia. Terceras Jornadas de Estudios Históricos*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 1993], algunos trabajos de Carlos BARROS [«La “Nouvelle Histoire” y sus críticos», *Manuscrits*, 9 (1991), pp. 83-111, «El “tournant critique” de *Annales*», *Revista de Historia Medieval*, 2 (1991), pp. 193-197, «Historia de las mentalidades, Historia social», *Temas Medievales*, 2 (Buenos Aires: 1992), pp. 205-230, «La contribución de los terceros *Annales* y la Historia de las Mentalidades», en *La otra Historia*, pp. 87-118; «Historia de las mentalidades: posibilidades actuales», en *Problemas actuales de la Historia*, pp. 49-67] y a los dossiers y monográficos de algunas revistas e incluso periódicos [*Historia social*, 16 (primavera-verano 1993) y 17 (otoño 1993); *Manuscrits*, 11 (1993), 12 (1994); *El País*, jueves 29 de julio de 1993 (Suplemento «Temas de Nuestra Época: ¿La historia en crisis?», año VII, número 289)].

5 *Combates por la historia*, Barcelona, Ariel, 19825, p. 30 (ed. orig. 1953). El capítulo del que procede la cita se publicó por vez primera en 1933.

6 J. FONTANA, *La historia después del fin de la historia*, p. 114.

der el pasado del hombre en su totalidad, en toda su complejidad y su entera riqueza»<sup>7</sup>. Nadie niega la connotación utópica de la historia global ni tampoco que en muchos casos se ha abusado del concepto de totalidad convirtiéndolo en una expresión poco menos que retórica, pero no por ello se debe renunciar a la construcción global del devenir histórico, objetivo que estuvo ciertamente en los inicios de la tradición de *Annales* y que debe estarlo en el presente revisionismo historiográfico.

La contextualización globalizadora de los procesos históricos es también una referencia obligada en cualquiera de las múltiples historias sectoriales que se pueden plantear. No nos sirven los estudios parciales —tanto de carácter local como temático— que se encierran en sí mismos y escapan a su integración como piezas de un puzzle mucho más rico y complejo. Los mismos, seguramente sirven al aumento de nuestros afanes enciclopedistas, pero es poco lo que aportan al progreso de la ciencia histórica y a la interpretación del pasado en toda su riqueza. Por el contrario encierran una evidente deformación de la misma.

Otro elemento que debe formar parte de la discusión está en la correcta identificación de los sujetos protagonistas, siempre los hombres y las mujeres, las mujeres y los hombres, considerados en sociedad. Esto hace que cada forma de historiar deba ser a la vez historia social. De ahí que algunas de las recientes propuestas con las que se trata de responder a la crisis de esta ciencia persigan la confluencia entre las diversas historias sectoriales y la historia social. Es el caso de las reflexiones de Armando Petrucci sobre historia de la sociedad e historia de la escritura<sup>8</sup>, los trabajos de Carlos Barros respecto a los horizontes de la historia de las mentalidades, citados anteriormente, o las aportaciones de Roger Chartier y Peter Burke en el campo de la historia cultural de la social y la historia socio-cultural<sup>9</sup>. No se trata de una yuxtaposición de métodos y objetivos, sino de una intersección, una simbiosis de formas de hacer historia surgida de la conceptualización de ésta como un sistema de vasos comunicantes.

En ese horizonte es en el que planteo estas páginas sobre los avatares y perspectivas de la historia de la cultura escrita.

Por un lado estas reflexiones abundan en una línea de trabajo abierta en los años sesenta por algunos paleógrafos italianos, especialmente Armando Petrucci. No contentos con la metodología tradicional, iniciaron una re-interpretación de las escrituras usuales en función del contexto social. De algún modo, como puso de manifiesto Vittorio De Donato al mediar la década de los setenta, esas investigaciones pretendían una mayor aproximación entre la paleografía y la historia<sup>10</sup>. Tales estudios, englobados entonces bajo la denominación de *alfabetismo e cultura scritta*, asumieron las tesis sobre las relaciones entre la escritura y la sociedad anticipadas en los años treinta por el paleógrafo húngaro István Hajnal.

7 Henri Irénée MARROU, «Qu'est-ce que l'histoire?», *L'Histoire et ses méthodes*, bajo la dirección de Charles Samaran, París, Gallimard, 1961, pp. 3-33. Cfr. Ciro Flamarion S. CARDOSO -Héctor PÉREZ BRIGNOLI, *Los métodos de la historia. Introducción a los problemas, métodos y técnicas de la historia demográfica, económica y social*, Barcelona, Crítica, 19845, p. 24.

8 «Storia della scrittura e della società», *Alfabetismo e cultura scritta*, Nuova serie, 2 (1989), pp. 47-63 [Ahora: «Storia della scrittura e storia della società», *Anuario de Estudios Medievales*, 21 (1991), pp. 309-312]. Dicho texto fue presentado en el *III Curso de Estudios Bennassal-Castellò* (junio de 1986).

9 Roger CHARTIER, «Historia intelectual e historia de las mentalidades. Trayectorias y preguntas», en *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*, Barcelona, Gedisa, 1992, pp. 13-44 [Antes en *Revue de Synthèse*, 111-112 (1983), pp. 277-307]; «El mundo como representación», en *Ibidem*, pp. 45-62 [Antes en *Annales. E.S.C.*, 1989, pp. 1505-1520]; «De la historia social de la cultura a la historia cultural de lo social», *Historia Social*, 17 (1993), pp. 97-103; Peter BURKE, «La nueva historia socio-cultural», *Historia Social*, 17 (1993), pp. 105-114.

10 Vittorio DE DONATO, «Paleografía e storia», *Quaderni Medievali*, 1 (1976), pp. 87-93.

Por otro lado la historia de la cultura escrita en su estado actual, se enriquece con las aportaciones que llegan de diversas áreas, principalmente de la más moderna historia de la alfabetización, la «nueva» historia cultural, la historia del libro y la historia de la lectura<sup>11</sup>, o las tesis de D. F. McKenzie sobre la bibliografía y la sociología de los textos<sup>12</sup>.

En un orden más práctico este trabajo pretende reflexionar sobre una línea de investigación todavía poco introducida en nuestro país, según constataba hace pocos años Ángel Canellas al trazar un sucinto panorama de la paleografía española<sup>13</sup>. Si repasamos su trayectoria académica y científica, tal como ponen de manifiesto los recientes estados de la cuestión<sup>14</sup>, constatamos que la misma ha estado monopolizada por una metodología de trabajo que sólo pretendía responder a las preguntas *qué, cuándo, dónde* y *cómo* se produjeron los testimonios escritos, dando como resultado un conjunto de estudios centrados en la lectura crítica de los mismos, su datación, localización y el análisis interno de las formas gráficas<sup>15</sup>.

A mediados de la pasada década, Gimeno Blay resumía el estado de la paleografía española en estos términos:

La Paleografía mantiene todavía el carácter de ciencia auxiliar que servía de instrumento de lectura, descontextualizando la escritura del medio donde surge. A lo sumo, y gracias a la pericia alcanzada en el estudio del devenir de las formas gráficas, se proporcionaban los elementos necesarios para conseguir dos estadios más avanzados en la investigación: la datación y localización de manuscritos. Tradicionalmente, la Paleografía entendía como parte teórica de su materia la evolución de la escritura, pero una evolución interna, circunscrita a las modificaciones gráficas únicamente<sup>16</sup>.

Con estas páginas se quiere también difundir entre los historiadores una metodología que no puede faltar en su cartapacio profesional. En este sentido sorprende el amplio desconocimiento que de la misma se atisba entre buena parte de ellos, incluido quienes se han dedicado a temas relacionados con la historia de la educación y la alfabetización o la historia de la cultura. Una prueba fehaciente de ese vacío está en la escasa atención que se le dispensó a esta tendencia historiográfica en el congreso *A historia a debate*, no sólo en las ponencias generales de

11 A los trabajos de Roger Chartier que hemos mencionado anteriormente, sumamos ahora los siguientes: «Introducción a una historia de las prácticas de la lectura en la Edad Moderna (siglos XVI-XVIII)», en *El mundo como representación*, pp. 107-120; «Per una storia delle pratiche di lettura nell'Età Moderna (Secoli XVI-XVIII)», *Annali della Scuola Normale Superiore di Pisa. Classe di Lettere e Filosofia*, Serie III, Vol. XXVIII, Núm. 2 (1993), pp. 385-402; «De la historia del libro a la historia de la lectura», en *Libros lectores y lecturas en la Edad Moderna*, Madrid, Alianza Editorial, 1993, pp. 13-40 [Antes en *Archives et Bibliothèques de Belgique*, LX, 1-2 (1989), pp. 161-189].

12 *La bibliographie et la sociologie des textes*, París, Éditions du Cercle de la Librairie, 1991 (ed. original, Londres, British Library, 1986).

13 «Estado actual de la Paleografía en España», *Anuario de Estudios Medievales*, 21 (1991), p. 416.

14 Además del trabajo citado en la nota anterior, tenemos en cuenta las siguientes revisiones historiográficas: Francisco M. GIMENO BLAY, «La Paleografía en España. Una aproximación para su estudio en el siglo XX», en *Un secolo di Paleografia e Diplomatica (1887-1986). Per il centenario dell'Istituto di Paleografia dell'Università di Roma*, A cura di Armando Petrucci e Alessandro Pratesi, Roma, Gela editrice, 1988, 189-209; los textos de las ponencias que se presentaron en el *III Curso de Estudios Bennisal-Castelló* (Manuel Lucas Álvarez, Gimeno Blay, José Trenchs Odena, Santos García Larragueta y María Josefa Sanz Fuertes), publicadas en el *Anuario de Estudios Medievales*, 21 (1992); y Ángel RIESCO TERREROS, «Datos para la historia de la Paleografía y de su enseñanza como disciplina», en *Strenae Emmanvele Marrero obolata. Pars altera*, Ed. de Gloria Díaz Padilla y Francisco González Luis, La Laguna: Universidad de La Laguna, 1993, pp. 287-298.

15 Armando PETRUCCI, *Breve storia della scrittura latina*, Roma, Bagatto Libri, 1989, pp. 18-20.

16 F. M. GIMENO BLAY, «La escritura en la diócesis de Segorbe. Una aproximación al estudio del alfabetismo y la cultura escrita en el Alto Palancia (1383-1458)», *Boletín del Centro de Estudios del Alto Palancia*, 1/2 (1984). Cito por la separata editada por la Universidad de Valencia, Departamento de Paleografía y Diplomática, [p. 1].

la sección de historia cultural, sino también en el conjunto de las comunicaciones presentadas y admitidas en ella. Exceptuamos el trabajo de Manuel Peña Díaz, aunque, a tenor del que ha publicado en la revista *Manuscripts*, se inscribe en unas coordenadas muy similares a las que pusieron en boga los estudiosos del alfabetismo allá por los años sesenta, es decir la cuantificación, entonces de las firmas y en éste de lo que ha llamado el «grado de familiaridad con el escrito»<sup>17</sup>. Sin embargo no tiene en cuenta los enfoques más dinámicos y enriquecedores de la historia de las prácticas de la escritura y la lectura. De todos modos seríamos injustos si no reconociéramos que algunos historiadores de la alfabetización, la educación o la cultura sí han sabido incorporar a sus trabajos estas nuevas perspectivas, procedentes a veces de disciplinas tan tiladas de técnicas y auxiliares como la paleografía<sup>18</sup>.

### Los caminos de la paleografía

La paleografía nace a finales del siglo XVII de la mano de la diplomática. Se considera que el primer tratado paleográfico o la primera exposición doctrinal con un planteamiento científico lo componen los capítulos VIII, X y XI, especialmente este último, de la obra del benedictino Jean Mabillon, *De re diplomatica libri VI* (Paris, 1681)<sup>19</sup>. Para este monje maurino la paleografía era concebida como una simple disciplina auxiliar de la diplomática, a la que recurrió para resolver la polémica que le enfrentó al jesuita Daniel von Papenbroeck sobre la autenticidad de los documentos reales merovingios conservados en la abadía parisina de Saint Denis. Ello le exigió el desarrollo de una metodología esencialmente pericial, orientada a la lectura, transcripción, datación e identificación de las escrituras.

Con algunas excepciones, la labor de la mayor parte de los paleógrafos y eruditos de las escrituras antiguas (por entonces la paleografía estaba centrada exclusivamente en los productos escritos -no todos- anteriores a la aparición de la imprenta) en los siglos posteriores, estuvo bastante identificada con esa línea de trabajo. Su principal cometido trataba de perfeccionar al máximo la clasificación de las escrituras, llegando a proponer taxonomías tan puntillosas que, más que explicar la complejidad del hecho escrito como fenómeno socio-cultural, incidieron en la singularización de cada acto de escritura. Además, teniendo en cuenta que por entonces, como sucedía en campo de la historia con el predominio de las tendencias positivistas, los documentos que más interesaban eran los de las clases dirigentes.

Los primeros antecedentes dignos de ser valorados como muestra de un sesgo distinto tal vez debamos situarlos en la *Istoria diplomatica che serve d'introduzione all'arte critica* (Mantua, 1727) del italiano Scipione Maffei, aunque ésta no pasara de ser lo que Alessandro Pratesi ha calificado como «una oscura ma ancora umbratile intuizione»<sup>20</sup>.

Fue precisamente en el contexto intelectual del siglo XIX, al hilo de un cúmulo de circunstancias favorables (desarrollo científico e institucionalización académica de las disciplinas rela-

17 Manuel PEÑA DÍAZ, «El uso social de la escritura en Barcelona en el siglo XVI», *Manuscripts*, 11 (1993), pp. 143-168.

18 Cfr. Antonio VIÑAO FRAGO, «The History of Literacy in Spain: Evolution, traits and questions», *History of Education Quarterly*, vol. 30, núm. 4 (1990), pp. 573-599 (espec. 577-579); IDEM, «Alfabetización y alfabetizaciones», en *Leer y escribir en España. Doscientos años de alfabetización*, bajo la dirección de Agustín Escolano, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1992, pp. 385-410 (385-386).

19 Elisa RUIZ, *Hacia una semiología de la escritura*, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1992, p. 158. Sin embargo el término como tal no empezó a utilizarse hasta que lo introdujo el compañero de Mabillon en la abadía parisina de Saint Germain des Près, Bernard de MONTFAUCON, *Palaeographia graeca sive de ortu et processu litterarum graecarum*, París, 1708.

20 «Uno sguardo al passato per affacciarsi al futuro», en *Un secolo di Paleografia e Diplomatica*, p. XIV.

cionadas con la historia; creación de institutos nacionales de investigación histórica; aparición de grandes colecciones documentales y de publicaciones periódicas; aplicación de la fotografía a la reproducción de facsímiles; descubrimiento de nuevas fuentes paleográficas, en concreto los papiros<sup>21</sup>, cuando más elementos se dieron para profundizar en la perspectiva culturalista, sin que ello mermara el mayor peso de los usos erudito-positivistas de tan hondo calado entre paleógrafos e historiadores.

Ludwig Traube (1861-1907), con su obra sobre la producción manuscrita del monasterio irlandés de Peronne en Francia, abrió nuevos horizontes a la paleografía al tratar de explicar el fenómeno gráfico como un aspecto de la historia de la cultura<sup>22</sup>. Giorgio Cencetti ha señalado que el enfoque principalmente filológico lleva a este autor y a sus discípulos a presentar un visión incompleta y parcial de la historia de la escritura<sup>23</sup>.

La consolidación científica de la disciplina acontece en las primeras décadas del siglo XX, momento en el que coinciden algunos de los más renombrados paleógrafos (Luigi Schiaparelli, Giorgio Cencetti, Giulio Battelli o Jean Mallon<sup>24</sup>). La teoría paleográfica de estos autores definió con mayor amplitud el campo y objetivos de estudio, aunque el concepto de paleografía todavía tenía más que ver con una historia lineal y estática de la escritura que con la formulación social, situacional y contextualizada de la misma.

El giro paleográfico empezó a fraguarse a partir de los años 30 por influencia de la metodología marxista practicada por historiadores como Aleksander Gieysztor y, sobre todo, el paleógrafo húngaro István Hajnal, cuyos trabajos han suscitado las más variadas consideraciones entre la profesión. Armando Petrucci ve en las investigaciones de Hajnal verdaderas y propias anticipaciones en el desarrollo de una historia de la escritura articulada alrededor de las relaciones entre este instrumento expresivo y la sociedad<sup>25</sup>. Alessandro Pratesi, admitiendo lo estimulante de sus teorías, ha dicho que en las obras de Hajnal y Gieysztor se pone hasta tal punto el acento sobre el aspecto social de la escritura, que se descuida la verificación sistemática de los datos reales ofrecidos por los documentos escritos, añadiendo que tales propuestas son conceptualmente contradictorias tanto con el historicismo determinista de los franceses como con el neoidealismo de Cencetti<sup>26</sup>.

Dejemos ahora que sea Hajnal quien nos explique el significado que para él tiene la escritura como fuente histórica indisoluble del contexto social en el que se produce, distribuye y consume:

21 Algunos de estos puntos han merecido recientemente la atención de diversos autores, cuyas contribuciones dan cuerpo a la obra *Erudición y discurso histórico: Las instituciones europeas (s. XVIII-XIX)*, Edición de Francisco M. Gimeno Blay, Valencia, Universitat de València. Departamento de Historia de la Antigüedad y de la Cultura Escrita, 1993. Asimismo volvemos sobre ello en Carlos SÁEZ - Antonio CASTILLO GÓMEZ, «En torno al concepto de Paleografía», *Indagación. Revista de Historia y Arte*, 1 (Universidad de Alcalá: 1994), en prensa. Este mismo trabajo puede servir como síntesis de la evolución seguida por la disciplina desde su nacimiento hasta nuestros días.

22 Perrona Scottorum, ein Beitrag zur Ueberlieferungsgeschichte und zur Paläographie des Mittelalters, Munich, 1900. Cfr. Giulio BATELLI, *Lezioni di Paleografia*, Ciudad del Vaticano, Libreria Editrice Vaticana, 1986, 3ª ed. (10ª reimp.), p. 17.

23 G. CENCETTI, *Lineamenti di storia della scrittura latina*, Bolonia, Casa editrice Prof. Riccardo Patron, 1956, pp. 11-12

24 Para una aproximación a la evolución de las distintas escuelas paleográficas y diplomáticas en el último siglo, nos remitimos a *Un secolo di Paleografia e Diplomatica*.

25 «Funzione della scrittura e terminologia paleografica», en *Paleographica, Diplomatica et Archivistica. Studi in onore di Giulio Battelli*, Roma, Edizioni di Storia e Letteratura, 1979, p. 4.

26 «Uno sguardo al passato...», pp. XVII.

«L'écriture n'est pas un facteur isolé et unique du progrès; après son apparition elle peut avoir un avenir tout différent dans les diverses civilisations. Et pourtant nous ne pouvons la considérer simplement comme un moyen passif, accessoire, dont disposent les forces du progrès lorsque le moment de son utilisation est venu. L'écriture, tout comme les autres formes de civilisation, est un moyen né de l'ensemble de la société: son avenir dépend du caractère systématique de sa pénétration dans la société»<sup>27</sup>.

En los albores de la década de los 60 la paleografía trata de despojarse de los almidonados hábitos que la habían acompañado prácticamente desde sus orígenes y se muestra dispuesta a vestirse con otros ropajes. Se respira entonces una atmósfera política, social y cultural de mayor agitación, cierto utopismo y un marcado contenido crítico, pero también un clima historiográfico en el que se ensaya la segunda generación de *Annales* (con ella emergen nuevos temas: mentalidades, vida privada, mujer, libro y lectura, etc.), se aquilata la historia económica y se asienta la historiografía marxista.

En aquella misma coyuntura salen a la luz las primicias científicas de la primera generación de estudiosos de la alfabetización<sup>28</sup>; se formula una nueva teoría del documento/monumento radicalmente distinta a la que había mantenido la historiografía positivista<sup>29</sup>, es decir como el producto orientado de una determinada situación histórica, el «resultado del esfuerzo hecho por las sociedades históricas para imponer al futuro —queriendo o no— una imagen de sí mismas»<sup>30</sup>; y, por lo que hace a nuestro objeto, maduran las ideas de István Hajnal.

La orientación positivista, técnica y auxiliar de los estudios paleográficos estaba incapacitada para resolver los diversos problemas suscitados por la escritura como práctica socio-cultural. Al haber fijado sus objetivos en el análisis interno de las formas gráficas, la datación temporal y tópica y la explicación del proceso seguido en la redacción de los documentos, dejaba sin respuesta todas las interrogantes concernientes a la identidad de las personas que escriben —*quién escribe*— y las razones y contextos en los que se desarrollan las prácticas de lo escrito —*por qué se escribe*<sup>31</sup>.

27 *L'enseignement de l'écriture aux Universités médiévales*, Budapest, Maison d'Édition de l'Académie des Sciences de Hongrie, 19592, p. 9. Esta obra marcó la culminación de las ideas anticipadas en «Le rôle sociale de l'écriture et l'évolution européenne», *Revue de l'Institut de Sociologie Solvay*, XIV (Bruselas: 1934), pp. 25-53 y «Universities and the development of writing in the XIIIth-XVIIIth centuries», *Scriptorium*, VI (1952), pp. 177-195. Por aquellos tiempos Heinrich FICHTENAU publica *Mensch und Schrift im Mittelalter* (Viena, 1946), una interpretación de la escritura medieval como ejercicio ascético relacionado con la subjetividad del individuo, de modo tal que la producción escrita de un determinado marco geográfico o cronológico es el reflejo de las ideas dominantes y las diversas expresiones gráficas su reproducción más o menos fiel, dependiendo del grado de adhesión del escribiente a tales ideas [Cfr. A. Pratesi, «Uno sguardo al passato...», pp. XVII-XVIII].

28 Harvey J. GRAFF, «Gli studi di storia dell'alfabetizzazione: verso la terza generazione», *Quaderni Storici*, 64/XXII (1987), pp. 203-222. Entre nosotros quien más interés ha mostrado por la historiografía de la alfabetización es Antonio VIÑAO FRAGO: «Del analfabetismo a la alfabetización. Análisis de una mutación antropológica e historiográfica», *Historia de la Educación*, 3 (1984), pp. 151-189 y 4 (1985), pp. 209-226. Con mayor brevedad lo hemos resumido y puesto al día, en Antonio CASTILLO GÓMEZ - Carlos SÁEZ, «Paleografía versus alfabetización. Reflexiones sobre historia social de la cultura escrita», *SIGNO. Revista de Historia de la Cultura escrita*, 1 (Universidad de Alcalá: 1994), pp. 134-149.

29 Michel FOUCAULT, *La arqueología del saber*, México, Siglo XXI editores, 198511, pp. 9-11 (ed. orig. París, Éditions Gallimard, 1969). Sobre las tesis de Foucault nos remitimos a la explicación y lectura que de ellas hace Jorge LOZANO, *El discurso histórico*, Madrid, Alianza Editorial, 1987, resumibles en la interpretación del documento como un «producto de la sociedad, que lo ha fabricado según las relaciones de fuerza que en ella detentaban el poder» (p. 86).

30 Jacques LE GOFF, «Documento/Monumento», *Irargi*, II (1989), p. 126 [Antes en *Enciclopedia G. Einaudi*, V: *Divino-Fame*. Turín. Einaudi, 1978, pp. 38-48]. Véanse también sus declaraciones a Francesco MAIELLO, *Jacques Le Goff. Entrevista sobre la historia*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1988, p. 83.

31 A. PETRUCCI, «Scrittura e libro nell'Italia altomedievale. Il sesto secolo», *Studi Medievali*, X/2 (1969), pp. 157-158. Posteriormente en *Breve storia della scrittura latina*, pp. 20-21.

De las respuestas dadas a esas preguntas nace a partir de la década de los 60 y sobre todo en los 70 una nueva propuesta teórica y metodológica articulada en el ámbito de los estudios sobre lo que pasó a llamarse *alfabetismo y cultura escrita*. En el primero de dichos decenios, se presenta en sociedad apadrinada por sendos trabajos de Armando Petrucci: el ya mencionado sobre la escritura y el libro en la Italia altomedieval, en cuyas páginas el autor sistematiza los fundamentos del giro paleográfico; y otro anterior sobre los graffiti de Condatomagos, un claro ejemplo del interés por el estudio de las escrituras usuales de las clases subalternas, en este caso la romana del siglo I<sup>32</sup>.

En los años 70 tienen lugar diversos eventos que la visten de largo, concretamente el seminario interdisciplinar *Alfabetismo e cultura scritta nella storia della società italiana*, celebrado en Perugia en marzo de 1977<sup>33</sup>, que, según Attilio Bartoli Langeli, uno de sus organizadores junto a Armando Petrucci, supuso un revulsivo para la renovación de la paleografía, contribuyendo a revalorizarla pero sobre todo a renovar y alargar su metodología, los instrumentos y el campo de investigación de la disciplina<sup>34</sup>; las prolongaciones bianuales del mismo, difundidas en las páginas de un modesto boletín de nombre *Notizie del seminario permanente Alfabetismo e cultura scritta*, cuyo primero número aparece en marzo de 1980<sup>35</sup>; y el comienzo de la andadura editorial de la revista *Scrittura e Civiltà* (1977)<sup>36</sup>.

Más que hablar de paleografía —con las limitaciones etimológicas que entraña el término y las apreciaciones eruditas que despierta— había que hacerlo de *historia social de la escritura*<sup>37</sup>, convertida hoy en la más amplia y global *historia social de la cultura escrita* o, si se prefiere, en una *historia de las prácticas de lo escrito*. Una denominación más ajustada a los objetivos marcados en esta nueva etapa y desde luego más conforme con las pretensiones históricas y científicas que se ha puesto como meta.

Según Armando Petrucci, la tendencia nacida entonces condujo a la transformación de la metodología tradicional de corte erudito-positivista. No sólo porque se empieza a explicar la escritura contextualizada en el momento histórico y social, sino porque en vez de partir del estudio de las formas gráficas para luego ponerlas en relación con otras manifestaciones culturales, basó su método en desentrañar el significado que cada sociedad, compuesta de personas capaces de escribir y analfabetos, atribuye a las prácticas escritas, y en averiguar el número de los alfabetizados, la calidad de la capacidad adquirida, la competencia textual o el prestigio y reconocimiento social del hecho de escribir.

El reto de la nueva paleografía se puso en desentrañar la función y la difusión social de las prácticas escritas y para ello hubo que «crear» nuevas fuentes de investigación. Dicho de otro

32 «Per la storia della scrittura romana: i graffiti di Condatomagos», *Bullettino dell'«Archivio Paleografico Italiano»*, Terza serie, I (1962), pp. 85-132 + 3 tavv.

33 *Alfabetismo e cultura scritta nella storia della società italiana*, Atti del seminario tenutosi a Perugia il 29-30 marzo 1977, Perugia: Università degli Studi, 1978. Al mismo tiempo aparecieron, casi íntegramente, en el número 38 (1978) de la revista *Quaderni Storici*, dedicado al tema «Alfabetismo e cultura scritta».

34 «Intervento di apertura», en *Alfabetismo e cultura scritta nella storia*, pp. 11-12.

35 Su trayectoria concluye en agosto de 1987 con la publicación del número 8. A partir del año siguiente inicia una nueva etapa con el título de *Alfabetismo e cultura scritta* y los auspicios del sello editorial Bagatto Libri. Problemas diversos han puesto fin a su singladura en el número 4.

36 Un análisis más exhaustivo del giro paleográfico, con el nombre de sus principales representantes y la mención de los trabajos más significativos, incluyendo lo que se ha hecho y se está haciendo en nuestro país, lo hemos planteado en Antonio CASTILLO GÓMEZ - Carlos SÁEZ SÁNCHEZ, «Paleografía versus alfabetización», pp. 149-164.

37 Attilio BARTOLI LANGELI, «Intervento di apertura», en *Alfabetismo e cultura scritta nella storia della società italiana*, Atti del seminario tenutosi a Perugia il 29-30 marzo 1977, Perugia: Università degli Studi, 1978, p. 20, nota 21.

modo, rescatar del olvido materiales marginados por la historiografía positivista y a los que no se les había reconocido el estatus de fuentes históricas, como consecuencia de la tradicional mitificación de las materias escritorias más solemnes, vinculadas a las clases dirigentes de la sociedad, a fin de cuentas casi los mismos que se venían dedicando a estos menesteres. Crece entonces el interés por las escrituras usuales y los testimonios escritos —más difíciles de encontrar por su mismo carácter perecedero— de las clases subalternas y los grupos urbanos<sup>38</sup>.

La contribución paleográfica al estudio cualitativo de los testimonios escritos, en una perspectiva al inicio concomitante con las investigaciones sobre la escritura y la alfabetización, aunque rompe con el método tradicional, no se puede considerar una adulteración de los principios científicos de la disciplina, salvo que se pretenda mantenerla aislada de la evolución científica, inmunizada a las convulsiones del revisionismo científico o expuesta en las vitrinas de una especie de museo de antigüedades. La aproximación a la historia social que implica la metodología de Petrucci, de evidente ascendencia marxista, criticada por E. Cau y de forma más matizada por Pratesi<sup>39</sup>, no envilece la solidez científica de la paleografía ni pervierte su trayectoria:

Nosotros pensamos que sí es competencia de esta ciencia, la Paleografía, el resolver todos los problemas resultantes de la existencia y utilización de la escritura en una sociedad, porque desde su mismo nacimiento ha sido su objeto de estudio las formas gráficas; por lo tanto, no creemos que deba pasar su competencia a otras parcelas históricas, porque la Paleografía, como disciplina técnica, ha desarrollado ya un determinado nivel de análisis y en consecuencia un aparato conceptual y categórico apto para la comprensión de la evolución de las formas gráficas<sup>40</sup>.

### Hacia una historia de las prácticas del escribir

Resultado de semejante evolución es la incursión de la paleografía, hasta entonces alejada y separada de las corrientes historiográficas más vivas<sup>41</sup>, en el sendero de la compleja pero fértil renovación de la historia y de las ciencias sociales.

La paleografía deja de ser el estudio descontextualizado de los tipos de escritura y pasa a definirse en virtud de la consideración del hecho escrito como un producto socio-cultural cuyo estudio e interpretación provee un conocimiento más rico del pasado y el presente. Esto lleva a interesarse por cualquier manifestación escrita —documentos, libros, inscripciones, filacterias,

38 Prueba de ello es el citado estudio de Armando Petrucci sobre los graffiti de Condatomagos, de origen humilde y testimonio de la escritura "usual" romana del siglo I de nuestra era, al que se suman sus valoraciones sobre la importancia de las escrituras usuales como medio para llegar a un mejor conocimiento de la cultura y la sociedad medieval, en la recensión de la tesis de Jacques STIENNON [*L'écriture diplomatique dans la diocèse du Liège du XIe au milieu du XIIIe siècle. Reflet d'une civilisation*, París, 1960], publicada en «*Bulletino dell'Archivio Paleografico Italiano*», Terza serie, II-III (1963-1964), pp. 117-119. Véase también Francisco M. Gimeno Blay, *La escritura gótica en el País Valenciano después de la conquista del siglo XIII*, Valencia, Universidad de Valencia, 1985, pp. 19-22.

39 Nos remitimos a las intervenciones de E. Cau y A. Pratesi en la «Mesa redonda» sobre *Paleografía e Diplomatica: civiltà e cultura*, 1982, pp. 120-121 y 133-134 respectivamente. Las críticas de Cau fueron contestadas por Petrucci allí mismo, aclarando que la identidad paleográfica de sus trabajos estaba clara por la especificidad del objeto de investigación (la escritura latina) y del método empleado (formal-analítico). Pratesi se mostró menos tajante y solamente expuso sus temores a que, por ese camino, la paleografía se convirtiera en una suerte de sociología de la escritura [«Paleografía in crisi?», *Scrittura e Civiltà*, 3 (1979), p. 326]. De todos modos en otro lugar [«Gli orientamenti della Paleografía latina negli ultimi decenni, en *Cento anni di cammino. Scuola Vaticana di Paleografía, Diplomatica e Archivistica, 1884-1984*, A cura di Terzo Natalini, Ciudad del Vaticano, 1985, p. 80] reconoce los importantes resultados que se derivan de la obra de Petrucci. La polémica planteada por las tesis de éste y la valoración de sus aportaciones aparecen comentadas en Paola SUPINO MARTINI, «La Paleografía latina in Italia da Giorgio Cencetti ai nostri giorni», en *Un secolo di Paleografía*, pp. 64-76 y expresamente 71-72, notas 141 y 142.

40 «La escritura en la diócesis de Segorbe», p. [5].

41 Attilio BARTOLI LANGELI. «Intervento di apertura», p. 24.

graffiti, etc—, al margen de la época histórica o del soporte material. La validez de su método se hace especialmente apreciable en las investigaciones sobre historia del alfabetismo y de la alfabetización que se desarrollan en la etapa pre-estadística, antes de que empezaran a generalizarse los censos nacionales. Las limitaciones que plantea la cuantificación —demasiado centralizada en las firmas— a partir de series documentales que adolecen de falta de representatividad social<sup>42</sup>, constituyen terreno abonado para la paleografía. Su contribución debe incidir en el aspecto cualitativo, que es el más fino instrumento que dicha disciplina puede aportar al análisis de los procesos de alfabetización y al significado de las prácticas escritas, que en el alfabetismo estadístico o burocrático, aquél que reduce la historia al blanco y negro, a la oposición entre quienes sabían firmar y los incapaces de hacerlo<sup>43</sup>.

Al asumir esas carencias del alfabetismo estadístico, la paleografía en su camino versus la historia de la alfabetización ha sabido desarrollar una prospectiva de análisis más volcada en la aproximación cualitativa al objeto de estudio. En esa dirección se han planteado nuevos temas de investigación a través de los cuales se trata de conocer las funciones atribuidas política y socialmente a los productos escritos; el prestigio social de los escribientes; el poder del escrito, ya sea el que pertenece a los que poseen la capacidad de escribir y la ejercen o el que detentan sobre la escritura los aparatos políticos; los contextos de aprendizaje —desde la familia a la escuela— y los contenidos de la enseñanza de la escritura; la significación social de los maestros de escritura; los procesos de intermediación gráfica y la relación con las actividades de escritura por parte de los analfabetos; el estatus social de los alfabetizados; la necesidad social de aprender a escribir; o las prácticas concretas del escrito, tanto en sus usos activos (escritura) como pasivos (lectura)<sup>44</sup>.

Unas y otras ópticas de análisis coinciden en la consideración de la cultura escrita como un todo unitario, no fácilmente separable salvo al precio de no comprender plenamente cada uno de sus componentes y, en general, las líneas fundamentales de la historia cultural del período<sup>45</sup>. Esto mismo obliga a la paleografía a estar abierta constantemente a cuantas disciplinas se interesan y tienen algo que decir en los estudios sobre la interrelación sociedad-cultura escrita, sin que ello implique la marginación de cuantas reflexiones se produzcan en el sentido de valorar la presencia e intervención de la oralidad.

En ese camino la historia de la cultura escrita debe contemplar las más diversas aportaciones, provengan desde las ciencias sociales o desde el ámbito de las tradicionales ciencias del

42 Una aproximación a las fuentes normalmente utilizadas para la historia de la alfabetización, con referencia a la problemática específica de cada una de ellas, se puede ver en ANTONIO VIÑAO FRAGO, «Del analfabetismo a la alfabetización...», pp. 161-179.

43 Estas reflexiones sobre la historia de la escritura y el método cualitativo beben fundamentalmente en las consideraciones de Attilio BARTOLI LANGELI, *Storia dell'alfabetismo come storia degli scriventi: Gli usi della scrittura in Italia tra Medioevo ed Età Moderna*, Florencia, Università. Dipartimento di Storia, 1989; IDEM, «Storia dell'alfabetismo e metodo quantitativo», *Anuario de Estudios Medievales*, 21 (1991), p. 361; IDEM, «Storia dell'alfabetismo e storia della scrittura: Questioni di metodo», *Annali della Facoltà di Lettere e Filosofia dell'Università degli Studi di Perugia. 2. Studi Storico-Anthropologici*, vol. XXVI, nuova serie XII (1988-1989), pp. 215-237; Armando PETRUCCI, «Prospettive ricerca e problemi di metodo. Per una storia qualitativa dell'alfabetismo», en *Sulle vie della scrittura. Alfabetizzazione, cultura scritta e istituzioni in età moderna*, Atti del Convegno di Studi del Centro Studi "Antonio Genovesi" per la Storia Economica e Sociale (Salerno, 10-12 marzo 1987), A cura di Maria Rosaria Pelizzari, Nápoles, Pubblicazioni dell'Università degli Studi di Salerno, 1989, pp. 21-37.

44 Nos remitimos a los trabajos que se han citado en la nota anterior.

45 Armando PETRUCCI, *Medioevo da leggere. Guide allo studio delle testimonianze scritte del Medioevo italiano*, Torino, Einaudi, 1992, p. IX; Armando PETRUCCI-Carlo ROMEO, «Scriptores in urbibus». *Alfabetismo e cultura scritta nell'Italia altomedievale*, Bologna, il Mulino, 1993, p. 237; Attilio BARTOLI LANGELI, «Scrittura, libro, alfabetismo (e linguistica) nel Rinascimento italiano», *Schifanoia. Notizie dell'Istituto di Studi Rinascimentali di Ferrara*, 2 (1986), p. 99.

escrito. Todavía más si resultan tan estimulantes como lo son las tesis de McKenzie y Roger Chartier sobre el contenido de las formas, es decir la interpretación de los textos, sean literarios, documentales o de cualquier otro tipo<sup>46</sup>, «como un sistema construido según categorías, esquemas de percepción y de apreciación, reglas de funcionamiento, que nos llevan a las condiciones mismas de producción»<sup>47</sup>. En palabras de McKenzie, las formas repercuten sobre los sentidos y, por lo tanto, conviene saber que, en ciertos casos, las informaciones que se pueden derivar de la lectura de los signos tipográficos (o no) son tan preciosas como las que aportan las palabras mismas<sup>48</sup>.

Asumiendo la validez de su método y los horizontes que se abren en otros campos de la investigación, la paleografía debe empeñarse en su construcción científica como historia de las prácticas del escribir, superando la diferenciación entre ciencias de la descripción y ciencias de la interpretación, lo mismo que McKenzie ha planteado respecto a la bibliografía. Quiere esto decir que, desde nuestro particular punto de vista, la historia de la cultura escrita y la historia social deben considerarse complementarias y que la intersección científica de ambas debe producirse en el horizonte de la tan utópica como irrenunciable historia global. En esas coordenadas, la paleografía, sin renunciar a su pasado, reorienta sus planteamientos metodológicos y se proyecta al futuro, hasta el punto de poder ser, quizás más que nunca, un campo abierto a las frescas y jóvenes fuerzas<sup>49</sup>.

Llegados a este punto nos sirve como brillante colofón una cita de Armando Petrucci que resume las ideas sobre las que hemos tratado de reflexionar en estas páginas y establece el futuro de la disciplina en el marco de una más amplia historia de las prácticas de producción y uso de la cultura escrita:

«Si è passati in tale modo da una visiones statica a una visione dinamica della storia culturale, all'interno della quale non esiste più storia della scrittura (o paleografia), ma una storia dello scrivere, anzi degli scrivere; non esiste più una storia della stampa (o del libro a stampa), ma una storia del produrre e diffondere testimonianze scritte a stampa di qualsiasi natura; non esiste più una storia della lettura, ma una storia dei modi, delle pratiche del leggere; non esiste più —se mi è consentito affermarlo— una storia della letteratura, ma una storia delle pratiche letterarie»<sup>50</sup>.

Sirvan estas últimas palabras como modesto reconocimiento de la deuda que en este tema tengo con el autor, cuyos trabajos me han permitido apreciar las múltiples perspectivas de investigación que se ciernen sobre la historia de la cultura escrita. Por ello la dedicatoria de este pequeña aportación a Armando Petrucci, sumada a la que debo a Carlos Sáez, quien allá por 1989 me abrió la mente a una problemática que entonces desconocía y hoy me apasiona.

46 El concepto de texto de McKenzie incluye «toutes les informations verbales, visuelles, orales et numériques, sous la forme de cartes, de pages imprimées, de partitions, d'archives sonores, de films, de cassettes vidéo, de banques de données informatiques, bref tout ce qui va de l'épigraphie aux techniques les plus avancées de discographie», D. F. MCKENZIE, *La bibliographie*, pp. 31-32.

47 Roger CHARTIER, «Historia intelectual e historia de las mentalidades..», p. 40.

48 D. F. MCKENZIE, p. 38.

49 Con estos términos calificaba Traube en 1907 sus impresiones sobre el porvenir de la paleografía como historia de la escritura [Cfr. Franco BARTOLONI, «Paleografía e diplomatica: conquiste di ieri, prospettive per il domani», en *Notizie degli Archivi di Stato*, XII (1952), pp. 119-129]. Tal vez hoy quepa recuperarlas y ponerlas en el frontispicio de la etapa que vivimos.

50 Armando PETRUCCI, «Pratiche di scrittura e pratiche di lettura nell'Europa Moderna. Presentazione», *Annali della Scuola Normale Superiore di Pisa. Classe di Lettere e Filosofia*, serie III, vol. XXIII, núm. 2 (1993), p. 382. La traducción es nuestra.